

El ciudadano de mis zapatos

LUIS PESSETTI

loqueleg

*Ésta es una larga historia,
que no debería ser larga,
pero que va a llevar mucho tiempo
hacerla corta.*

Henry David Thoreau

1

Comencé a viajar con la esperanza de no encontrarme en todas partes. Pero, inmediatamente o dos días después, siempre terminaba apareciendo yo, sin importar adónde había ido ni con quién estaba. Este es el relato que hago para ver si entiendo cómo fue que vine a parar a México, o para ver si ubico dónde quedé, porque después de tantos viajes no logré dejar de encontrarme en mis dos pies, pero me perdí completa e irremediablemente.

De cómo y por qué es la historia de estos viajes, y no tiene principio porque, para ser sincero, no hay edad en la que no me vea viajando, con todo el cuerpo y conmigo o nada más con la cabeza. Podría empezar hasta por los viajes pendientes, los lugares adonde me moría por ir y que no fui: Grecia, Italia, Francia, España. Cumplí el sueño de viajar, porque viajar viajé, solo que yendo a lugares a los que nunca había soñado ir. Fue como si hubiera estado agazapado esperando la llamada: ¡A viajar, Santiago!, por ejemplo, y luego, sencillamente, tenía que salir a vivir aventuras y disfrutar hazañas. Teóricamente era muy fácil. Solo que estuve

ahí, al acecho, y pasó, no sé, un verdulero y gritó: ¡A las ricas manzanas!, cualquier cosa y, confundido, salté de mi trinchera. Vale decir que realicé mi sueño y al mismo tiempo lo postergué para quién sabe cuándo. Debe ser que soy corto de vista en algún otro sentido además del físico, en el que también lo soy. No distingo lo que quería hacer de lo que solo se parece a lo que quería hacer, de lo que es para el otro lado de lo que quería hacer. Con la esperanza de que algo se despeje, de lograr desandar algo, ahora dejo palabras.

Como esta historia no tiene principio, y si lo tiene no lo reconozco, puedo empezar por Amelia, una profesora amiga, que había sido invitada a Cuba. Con la ilusión de que también me invitaran, le di un casete con canciones que componía para mis alumnos de las escuelas primarias y los jardines. Cuando regresó me contó que nadie le había parecido más acertado que uno de los periodistas del congreso al que había ido. Le di las gracias mientras con la otra mano tiraba al cesto mis esperanzas de viajar. Unos meses después, ese periodista cubano estaba de paso por Buenos Aires y me llamó para hacerme una nota. Después de la entrevista sacó tantas fotos que sospeché que se había equivocado de artista, que la cámara no tenía rollo o que era un rollo soviético provisto por un ente estatal. Creo que las tres cosas resultaron ciertas.

Él regresó a su país y yo a mi realidad, que por esa época eran los brazos de Andrea, una joven y prometedora maestra de jardín de infantes (en mi profesión de maestro de música y comediante en zona de playa, uno también se codea con colegas). Lo de joven es por los dieciocho años que tenía y lo de prometedora es porque nunca cumplió con la verdad. Yo estaba muy enamorado, aunque debo reconocer que

era verdadera fascinación por unos botoncitos que ella había descubierto en mí (que me había hecho conocer, descubrir lo que se dice descubrir, ella ya lo había hecho en otros continentes). O sea que mi amor era franco agradecimiento porque pasé de tener dos o tres zonas erógenas modestamente exploradas a superar la docena solo en nuestro primer encuentro.

Andrea tenía un novio del que estaba a punto de separarse, por lo tanto yo no podía hablarle por teléfono, ni visitarla, ni buscarla, ni escribirle. Ni pensarla fuerte. Nada. Ella me hablaba, me buscaba, me venía a ver. Se levantaba. Se iba. Nos reíamos mucho y nos amábamos más, hasta que nos amamos menos y nos reímos menos también. La cosa hubiera durado y hubiera sido más feliz si no me hubiera empeñado en poner tanto corazón en un encuentro que estaba dirigido a otros órganos. Le escribía poemas. Le escribí uno mientras la esperaba en un bar de Sarmiento y Montevideo, frente al teatro San Martín un día que tocaba una banda de jazz que dejé de disfrutar a medida que ella no llegaba a la cita. Toda la alegría que venía de encontrarme con ella se daba vuelta y mostraba sus filos. Como a la hora y media me fui con mi poema y una depresión espantosa. La historia ya había pasado antes, ya sabía que había demasiado misterio, demasiados *Yo voy, no me llames*. Porque era así; después nos encontramos y me dijo que había llegado. La prueba era que había estado cuando la banda tocaba no sé qué tema. De todas maneras a esa altura mi enojo era el que puede tener un náufrago con el barco que llega un mes tarde pero lo salva. Quería pelearme con ella y quería subirme a su cubierta, ponerme a su cubierto. Lo hice, o ella lo hizo, o ella dejó que yo lo hiciera.

Otra vez que no podía venir porque tenía muy poco tiempo, le propuse que nos encontráramos a mitad de camino, en la estación de trenes de Constitución. Cuando llegó le dije que fuéramos a un hotel, así estaríamos más cómodos. Teníamos solo una hora para vernos, pero de todas maneras propuse ir a un hotel. Era una época especial porque estaba por dejar a su novio. Parecía mentira pero sí, ya iba a hablar con él. Ya íbamos a ser el uno para el otro; y no como hasta ese momento: el uno para el otro del otro. Me imaginaba que las palabras serían: *No puedo seguir con vos, me enamoré y estoy dispuesta a dejar todo por él*. Otras veces me imaginaba que empezaría con: *Me enamoré de alguien...* o con: *Estoy dispuesta a dejar...*, pero entre esas variantes estaba el asunto.

Una vez que pasó lo que les había prometido a mis verdaderas ganas por las que la llevé a un hotel, puso su cara veintisiete, una expresión que quería decir: *Date cuenta de que estoy muy preocupada por algo*, también conocida como: *Quiero que me preguntes qué me pasa*. Yo, inmigrante recién llegado y dispuesto a oír cuánto cuesta el obelisco, le pregunté qué le pasaba, se lo hubiera preguntado incluso con una expresión mucho más moderada con tal de no perder lo de los botoncitos. Y ahí empezó a soltar eso que Verdi llamaba llanto y entre sollozo y sollozo y abrazo mío consolador, de inmigrante que se le hace que el obelisco está a precio de oferta, me contó que no nos habíamos visto ni me había llamado porque se había tenido que ir al interior de la provincia de Buenos Aires, pues la abuela de su novio estaba mal y, en medio del viaje (época en la cual ella iba a romper esos lazos ya casi inexistentes), él recurría, arteramente, a desabuelarse. Murió su abuela y estaba

destrozado; todo en medio de un imprevisto viaje. Y entonces ella: Entendeme, Santiago, no lo podía dejar en ese momento. Y menos yo pedirle que lo hiciera, imagínense. Todo seguiría igual, qué vamos a hacerle. Son cosas que pasan, golpes de la vida de los demás.

Lo que sí recuerdo es que cuando se enfermó mi padre no surtió el mismo efecto en Andrea. Le mandé un telegrama pidiéndole que me hablara, pues me acababan de decir que mi padre estaba enfermo, que era serio y me sentía pequeño, fuera del mundo, sin el viejo y sin orden alguno ni nada que les devolviera sentido a las cosas. Me llamó para contarme el problema que había sido mi telegrama.

—Andrea, te lo mandé porque necesito verte, mi viejo está enfermo.

—Pero te pido por favor que no hagas algo así porque mi papá se escandalizó, que quién eras vos y en qué andaba yo y...

—De acuerdo, no lo hice con esa intención.

—Es que tengo un lío tremendo ahora.

—No lo vuelvo a hacer, Andrea, parece que mi viejo está muy enfermo y...

—Ya sé, Santiago, pero oíme...

—¡Que te oiga qué! ¡Por Dios! ¡Te digo que mi viejo está enfermo y no parás, me seguís contando el drama de tu casa!

—Tenés razón... disculpame.

Y sí me oyó. Lo que siguió fue algo así como después te llamo, o cosa por el estilo. Y no, después no llamó y no solo no le mandé más telegramas, sino que dejé de esperarla. La verdad de esa relación ya tocaba la puerta y yo estaba atendiendo. Dejé de esperarla a Andrea, que me gustaba tanto.

Mi padre, que tendría que haber muerto de su cáncer tan terminal, murió del corazón gracias a los adelantos de la Industria del Cáncer. Allí nos encontramos en el pueblo, toda la familia y tanta gente que aparecía y que no sabíamos que el viejo era tan querido. Estábamos todos, pero más que nadie, mi madre, mi hermano y yo. Nosotros, que de por sí somos gente sencilla, ahí estábamos, todo lo pequeños y bien vestidos que se puede estar, ante algo tan grande, tan solemne y para siempre. Fui a la casa a buscar su gorra y sus lentes para ponerlos en sus manos. Después vino una parte que no es cierta y que fue cuando cerraron el cajón y fuimos al cementerio. Después vino otra parte que sí fue de verdad; volvimos a la casa más vacía que cuando él salía a hacer algo, y me puse a regar las plantas del patio. Mi madre preparó algo de comer, ordenó alguna ropa y a esa altura de la tarde cada uno ya había regresado a su casa, menos mi hermano, ella y yo.

2

El domingo anterior al martes que acabo de contar estaba en Villa Gesell, en pleno ejercicio de mis facultades de comediante en zona de playa durante el verano. Eran las cinco de la tarde y me iba a dormir una siesta hasta la noche y regresar a mi actuación. Crucé la calle corriendo porque vi que asomaba el colectivo 504,3 (prácticamente), que me dejaba a una cuadra de la casa. Esquivé coches que iban en uno y en otro y en otro sentido. Cuando casi lograba subirme, alcancé a oír que alguien gritaba mi nombre. Después me di cuenta de que en realidad no lo oí, que había sido como esas veces en que uno siente que lo llaman y cuando presta atención, recién ahí realmente oye que sí lo llaman. A la bestia urbana del ómnibus, especie de uno solo que forman chofer, pasajeros y ómnibus, no le importaba que estuviera en plena percepción mística de mi nombre. La bestia bufó una última vez. Tensó sus patas. Puso primera y, mientras el dinosaurio municipal se alejaba médanos arriba, vi que Nina, la muy dueña del Solar, movía los brazos.

—¡Apurate, Santiago! ¡Es tu vieja!

—(Corrí al teléfono y oí a mi madre.) ¡Se murió papi! ¡Santi hay que avisarle a Pino! ¡El tío ya mandó una ambulancia! ¡Se murió papi, Santi!

—(Cambia de manos el teléfono.) ¡Hola! ¿Santiaguito?

—Sí.

—Habla Nidia, Santiaguito, falleció tu papi, querido.

—...

—Falleció tu papi.

—¿Cómo fue, Nidia? (No se pregunta: ¿Por qué?)

—Del corazón, querido. Estábamos hablando los cuatro, con tu mami y Raúl, lo más tranquilos, había estado bien toda la tarde, hasta hizo bromas, estaba de buen humor, y de repente le dijo a tu mami que no se sentía bien, pidió ir al baño y ya cuando volvió, se sentó en la cama... y...

—...

—Esperá que quiere hablarte tu mami.

—Sí (Nina estaba cerca). Se murió mi viejo.

—¡Santi! ¡¿Viste?! ¡Se murió papi! ¡Hay que avisarle a Pino! ¡Ya le dije al tío!

—Bueno, mamá, no te preocupes, salgo para allá enseguida.

—Hay que estar tranquilos, Santi.

—Sí, vieja, ahí voy. Chau, mamá.

—Chau, Santi.

Quedé como un animal aturdido. No sabía qué hacer. Sabía que iba a regresar al pueblo, pero no sabía qué hacer para hacer eso, qué pasos había que dar para aparecer en el pueblo. Nina se acercó, me dio un beso, me abrazó. ¿Qué vas a hacer, Santiaguito?... Eh, voy a volver. Silencio. ¿Querés que llame a la terminal?... Claro, sí... sí, por favor. Enseguida decidí que mejor me iba en avión, después que

no, que me iba en ómnibus. Pero Nina hizo la reserva para el avión y me prestó su coche. Fui hasta lo de Poema y Cecilia a buscar mis cosas. Llegué agitado, el aturdimiento daba paso a un estado de agitación. Nos abrazamos, me despedí y volví al Solar. Para entonces la inquietud estaba dejando lugar a que el cuerpo empezara a aflojarse. Nina se había ofrecido a llevarme al aeropuerto.

Hasta ese momento, así fue como estuve. No habíamos alcanzado a salir de la ciudad, cuando vino una imagen. Fue una imagen de mis padres, una sola, pero como un resumen de tantas tristezas. Los vi, no sé si desde la alegría que me habría gustado que hubieran tenido o desde las alegrías que me hubiera gustado darles o los vi comparando la vida con la vida o los vi con la ternura o con la compasión o como un hijo ve unos hijos en sus padres o era la tristeza o era la tristeza o era la tristeza que estaba, que por fin llegaba, y lloré. Lloré. Lloré. Nina me daba palmadas suaves en la pierna, mientras manejaba el desvencijado Citroën sabiendo, nada más sabiendo, como recién lo estaba sabiendo yo.

El aeropuerto estaba lleno de veraneantes a los que nunca había visto tan veraneantes como entonces, con una cualidad estúpida y vana, como si pudiera existir algo así como las vacaciones. Nina me invitó al bar.

—¡Ay! ¡Qué café más malo! (Los lentes oscuros, aire de nobleza internacional que ha sido estafada.)

—Es café para turistas, Nina.

—Pero igual, qué barbaridad, ya no se puede salir a tomar un café a ninguna parte.

—Nina, vos porque viajás, porque vivís la mitad del año en Francia.

—Es un desastre. A mí, cada vez me cuesta más volverme de París, te lo juro.

—¿Qué tal es París, Nina?

—Una mierda.

—¡¿...?! ¡No dijiste que te costaba salir!?

—(Sonrisa.) Es lindo, es lindo para vivir... pero no para morir, ¿no leíste a Bryce Echenique?

—¿Quién es?

—Un astronauta... un escritor peruano. No leíste nada vos. Mirá, ahí llega el avión.

Dijo eso y sentí que llegaba con la noticia del viejo. Nos abrazamos. Ella me abrazó por mi padre muerto y yo le abracé sus muertos también. Se fue. El avión despegó. Escribí un poema para nadie en un cuaderno. Pasé el viaje en blanco, enseguida llegamos a Buenos Aires. Me urgía salir corriendo para la estación. No quería perder el ómnibus a Rosario. Le dije a la azafata que necesitaba bajarme cuanto antes, había fallecido mi padre; que fue la frase ábrete sésamo. Había una camioneta esperándome. Ya era de noche. La azafata me acompañó hasta la terminal. Di las gracias. Tomé el taxi, llegué a la estación de ómnibus, pagué, di las gracias. Compré el boleto, pagué, di las gracias, corrí al ómnibus que ya salía de la plataforma, le hice una seña, se detuvo, abrió la puerta, me subí, le di el boleto, di las gracias, me senté. Iba casi vacío. Recién entonces me di cuenta de que llovía torrencialmente. El ómnibus, después de un rato, apenas había llegado a la salida de Buenos Aires. Me acerqué al chofer. Disculpe, ¿a qué hora llegaremos a Rosario? No sé, con esta lluvia no te puedo decir. Mire, lo que pasa es que falleció mi padre, si no llego a tiempo, pierdo el ómnibus que me lleva a mi pueblo. Me hizo señas con la mano,

para que me acercara. Sin dejar de manejar, pero dejando de ser el chofer de recién, me apoyó una mano en el hombro. Antes que nada, te acompañó en el sentimiento, pibe, no te preocupés, vamos a llegar a horario, vas a ver. Gracias.

Percibí la magnitud de lo que había ocurrido, no tanto por lo que sentía, porque seguía completamente aturdido, sobrepasado, sordo a mí, sino por cómo reaccionaban los demás: Nina, Poema y Cecilia, la azafata. Eso pensaba cuando noté que llovía más fuerte y el chofer aceleraba.

Algunos pueblos más afuera o más adentro o más cerca, según cómo se piense el país, me dormí. Desperté con las luces de la entrada a Rosario. No llovía, lo cual acentuaba la sensación de que basta viajar unas horas y ya se está en otro mundo, y en cada lugar podrías estar convencido de que eso es lo único que hay, sin embargo, después de un viaje, ves que tu mundo no era el centro del mundo. Ni siquiera del propio.

El chofer apagó el motor. Muchas gracias, viejo. Chau, pibe. Corrí hasta la ventanilla donde el empleado contaba algo, no sé si los boletos vendidos, las veces que parpadeaba una lámpara fluorescente, los días del almanaque o las manchitas que tenía un vidrio. Podría haber sido cualquiera de esas cosas o todas en orden de menor importancia a muy menor importancia. Llegué corriendo y le pedí un boleto porque según los horarios faltaba un minuto para que saliera el ómnibus al pueblo; pero según él y cómo son las cosas qué más daba. Lo interrumpí cuando contaba unas arruguitas del techo y además, como no le di cambio, tuvo que pensar cuando me dio el vuelto, con lo cual se le cayeron de las manos de su cabeza todos los números de las

arruguitas y de los parpadeos de la lámpara, porque tuvo que agarrar con las manos de su cabeza los ceros del billete que le había dado y contar los ceros de los billetes que me tenía que dar según le decía su máquina de calcular, que vaya a saber dónde quedó el cable para enchufarla. Me alejé a tiempo, las manos de su cabeza ya estaban con unos nervios locos porque se le escapaban los números del parpadeo de la lámpara para un lado y los números de las arruguitas del techo para otro. ¡Qué horror! Iba a llevar toda la noche volver a juntarlos. ¡Malditos pasajeros! Así se movían sus manitos de la cabeza, así, buscando como locas.

Corrí hasta el andén seis donde estaba el ómnibus con el motor regulando, dos minutos pasado de su horario, regulando tranquilo. Instintivamente miré el cielo, libre de edificios. No se oía otro ruido. Había dejado atrás la ciudad, su ritmo y sus superposiciones de movimientos. Estaba en los tiempos del campo. Silencio. Quietud. Días azules. Luz despejada. Luz con más espacio para ser luz. Cada sonido y su curva, completa. Es cierto, me había olvidado. Siempre me pasa lo mismo, cada vez que llego me sorprende igual. El cielo cambiando el aire. La noche como una bolsa enorme. Todo eso y la diferencia con la ciudad, todo eso y nadie que lo mire. En el campo, en todas partes, pero en el campo más, cada cosa es para sí misma. En la ciudad todo es para los ojos de todos y casi no hay lugar ni momento sin mirada ni palabra que llegue hasta uno, o sin que nuestra mirada y nuestra palabra alcancen a alguien. En el campo no, cada cosa está en su lugar, siendo, sin esperar que nadie la toque.

El cuerpo, que a veces se demora más o menos, enseñada reconoció y se detuvo. La vastedad y la pausa lo detuvieron. Volví a mirar el cielo, faltaban unas dos horas

para que amaneciera. Respiré hondo. Oí el motor, vi cómo el chofer daba vueltas golpeando las ruedas con un palo, todas sonaban igual. Llegó al andén un muchacho joven, tenía cara de ser del pueblo también, pero no lo conocía. Caminé un poco, pateé una bolita de papel metalizado. Eso es algo que los que insisten tanto con *tire la basura en su lugar* tendrían que tener en cuenta, ¿y si todo el mundo tirara hasta los papelitos en su lugar? ¿Qué haría uno a las cuatro de la mañana en una terminal de ómnibus? Habría que ir hasta un kiosco, pedir cualquier cosa que esté envuelta, hacer un bollito con el papel y patear, patear. El del puesto de alfajores santafecinos aparecía y fui a comprar uno. El chofer aceleró el motor, cerró la puerta. Ya estaba arriba, ya había dado mi boleto, ya había reconocido el olor del cuero de los asientos y me desperté en el pueblo, unas horas después.

Llegué a las caras conocidas de la terminal de ómnibus, que es la versión más chica de la de Rosario que es la versión más chica de la de Buenos Aires que, mucho tiempo después me enteré, ni siquiera es la versión más chica de una que vi en Nueva York. Pero cada cosa en su lugar, en la Porth Authority, en la muy con “z” y con “o” terminal de porz ozóriti, no hay esa pareja de perros flacos, A y B, que te acompañan moviendo la cola y sonríen una cuadra por lo menos. Después se sientan, se rascan detrás de la oreja y regresan a su base.

En casa no debía haber nadie, eran las ocho y media de la mañana, estarían todos en la sala velatoria; pero toqué el timbre por las dudas. Se movió la cortina de la puerta, oí que se corría la llave y me abrió la puerta mi hermano. Hola, Santi. Qué tal, Pino. Nos quitamos los lentes y nos

dimos un beso en la mejilla, con un suave abrazo. Nada más. Con una discreción y un silencio que se parecían más a que todo, todo lo que había para decir nos llegaba sin palabras, siempre, y que por eso se acumulaba más y más, porque desde chicos no encontrábamos palabras para alcanzar lo que no tiene palabras, y aprendimos más a convivir con el sentido al desnudo, sin encarnar, que con su reemplazo de sonidos articulados, siempre imperfectos, sí, que nunca quieren decir lo mismo, sí, pero también muy humanos, muy esperados también.

—¿La vieja?

—Está en la sala velatoria.

—...

—Está bastante bien.

—Se murió el viejo, che.

—Sí, parece mentira.

Es mentira, sentí. Pino hizo un par de llamadas a los hijos de un pariente para avisarles que los padres ya habían llegado bien.

—¿Qué hacés? ¿Venís o querés bañarte o descansar un poco?

—No, voy. Vamos. Quiero ir.

La sala de velorios era una casa, como cualquier otra del pueblo, que una empresa había comprado y que ahora se usaba solo para eso. Estaba pintada de una mezcla de celeste claro con gris claro cuyo resultado era un indescifrable claro, con un poquito de verdín, producto de los años y de la humedad. Doblamos la esquina y ahí a mitad de cuadra vi los coches, alguna gente afuera, hacía calor, nos acercamos,

reconocí a varios parientes de otros pueblos, nos detuvimos, hacía calor. A punto de entrar me saludó un primo que vive en el campo. Entré. Oí que alguien exclamaba: ¡Mirá, Santiago! Y mi madre se dio vuelta. Tenía un vestido sencillo, azul oscuro con unos pequeños lunares blancos. Como si lo que había pasado me sucediera a mí, ahora que recién llegaba, dijo: ¡Ay! Santi, ya llegaste. Se acercó rápido y nos dimos un beso en la mejilla. Yo, con un leve abrazo, ella, tomándome suavemente la nuca con su mano.

Nada más por ahora. Todo lo otro, lo que sigue después de ese saludo, lo que vi, no es para ser contado en este momento. Faltan muchos acontecimientos para poder llegar a cómo empezó todo esto. Años me llevó poder recibir en mis brazos a mi padre tal como lo vi esa mañana. Así, a mi padre, yo, su propio hijo. Yo, su propio padre, su huérfano de él. Él, mi pobrecito, mi cielo con menos cielo. Él, que volvía a ser la voz que le llamó la atención a mi madre cuando aún no se conocían, una tarde en un almacén de pueblo. La voz que hablaba de cualquier cosa, mientras mi madre oía cómo sonaba.

Permítanme que nosotros también, quitándonos los lentes, con un suave abrazo y un beso en la mejilla, nos despedamos de esta parte. Solo para que ella misma nos encuentre más adelante.

3

Era la tarde y yo regaba las plantas. Mi madre se puso a juntar y guardar la ropa del viejo. Al otro día me levanté hundido y descansado. Estaba la radio prendida, el mismo programa de la mañana. Desayuné un mate cocido, mientras oía.

—¡Vieja! ¿Por qué ponés este programa?

—¡Bah! ¡Ni lo oigo! Se ríen, se ríen todo el tiempo, no hacen más que reírse entre ellos...

—¿Y por qué no ponés otro?

—...y después hacen unos comentarios más estúpidos.

—Poné otro.

—Lo único bueno son las noticias.

—Pero las noticias las podés poner a las doce y antes oís otra cosa.

—Pero si ni lo oigo, ¿no te digo?

—¿No querés que busque otro?

—No me lo muevas porque después no lo encuentro.

—Es una porquería ese programa, vieja.

—Pero si la radio la prendo y no me quedo a oírla. Voy, vengo, por ahí paso y lo escucho, entonces le contesto, le digo que es un boludo, voy a la panadería, vuelvo.

—Mirá que te divertís barato, ¿eh?

—Dale, terminá el desayuno que te quiero pedir que vayas al banco y de paso buscás tus zapatos.

Fui tratando de que nadie me mirara como nos estaban mirando. Porque la gente, convencida de que es muy sensible y respetuosa, te muestra todo el dolor que le duele tu dolor que, sin ser de ellos es como si fuera, y no ve que le sale cara de como si fuera, no de dolor real. Porque si tuvieran dolor real andarían como uno, queriendo ser otro. Lográs caminar media cuadra sin pensar en vos mismo y pasa uno y te saluda y en el saludo notás que el tipo lo que te dice es que quiere que vos sepas que él sabe y le duele tanto tu dolor y entonces el pobre animal no se da cuenta de que obliga a nuestro pobre animal a volver a mirar el hueco y nos viene ese gesto tan triste y tan del alma de voltear la cara y cerrar los ojos y tratar de caminar, a ver si esta vez podemos, una cuadra sin pensar en nosotros, pero antes nos alcanza otro y nos lleva del lazo hasta el lugar del hueco y el alma repite su gesto triste.

Salí del banco lo antes que pude. Hui de la calle y regresé a casa, donde me esperaba Josecito, la salvación. El único capaz de hablar de cualquier cosa, tan sensible que distraía con cualquier chisme del pueblo porque tampoco podía dejar de ver, y no como los demás que se acercan y te muestran que están viendo, para poder salirse de ahí ni bien te dejan mirando el hueco, y ellos se alejan lo más posible. En cambio Josecito era capaz de no nombrar, de llenar todos los huecos con las noticias más surrealísticamente pueblerinas

que pueda haber. Y uno le agradecía tanto saber que su alma estaba en el mismo gesto triste y que nos diera el respiro, entonces sí, de hablar de lo que fuera como si camináramos una, dos, tres, muchas cuadras sin pensar en nosotros mismos.

Fuimos juntos a la escuela desde los cinco años hasta terminar la secundaria, a los diecisiete. Eso es lo más parecido a esa relación que uno puede sostener con una buena novela. Doce años de ir juntos a la escuela son como una novela de tres mil páginas. Jamás compartió la idea de que yo hiciera terapia o, mejor dicho, la única razón que le puede hacer entender que alguien necesita ir a un psiquiatra es que quiera ir a un psicólogo. Vos sos un boludo, con la guita que gastás ahí te podrías comprar un Citroën por lo menos... Él fue a estudiar a Rosario y yo a Buenos Aires. Él se metió a ingeniero agrónomo y yo a una de esas carreras que nacen en medio de la erupción académica en una universidad privada. Él volvió al pueblo y yo volví a emigrar. Él se casó después de mi divorcio. Se compró una moto, yo iba a terapia. Cambió la moto por una lancha, yo iba a terapia. Salía a pescar y yo iba a terapia; se compró una camioneta y yo seguía andando en terapia, inmóvil en mis movilizaciones. Él se hizo apicultor y yo seguí buscando miel en los labios, o sea labiocultor. Entonces se imaginaba a mi psicólogo con una flota de Citroëns que crecía y crecía, mes a mes, mientras a mí me veía tan emocionalmente a pata como siempre. Su frase preferida era: Agarro el avión y los fumo... una buena pasada. Entonces de cualquier conversación con él siempre salía algún malo con unos miligramos de paratiógeno en sus pulmones. Quizás haya que aclarar que esos golpes de surrealismo aéreo reparador tienen historia.